

# La venganza

Por CARMEN MUÑOZ. Fotos: RAFAEL DEBEN

*Se sublevó una parte del Ejército contra el Gobierno legal de la República. Con el nombre de Dios por delante, los militares obligan a España a entrar en una guerra fratricida. Firme el ademán, con las banderas al viento y al grito de ¡Viva España con honor! extienden su lucha. Pueblos y ciudades se hunden entre brasas y sangre. El panorama es desolador. Avenidas de escombros y barrios en ruinas. Sangre por los suelos. Sangre en los árboles. Sangre en las paredes. Cuerpos jóvenes inertes ya siembran el asfalto. Silencio... Voces arrancadas de cuajo. Ametralladoras, tanques, incendios. Sirenas, bombas, explosiones. Es el lenguaje de la muerte. La masacre fascista de El Arahál, hasta ahora no denunciada jamás públicamente, es el hecho que se describe en este relato.*

En Sevilla, Queipo de Llano lanza eructos radiofónicos con voz aguardentosa. Define a sus contrarios como invertidos, canallas, villanos, pederastas, y amenaza de muerte a todo aquel que se oponga al movimiento liberador. Sus charlas radiales ejercen una influencia decisiva en el triunfo de la sublevación en la capital andaluza.

En El Arahál (Sevilla), veintitrés de-rechistas son encarcelados. Es el 22 de julio de 1936. Un concejal socialista, **Raimundo León**, abre las puertas para que los detenidos puedan huir. Unos salen. Otros, creyendo que les aplicarán la Ley de Fugas —ejecución del detenido por la espalda simulando una fuga—, se quedan dentro. Alguien, a través de las ventanas, rocía con gasolina los cuerpos de los presos, que con dramática angustia presienten lo que va a pasar. Todo sucede en un momento. Una cerilla. Una enorme llamarada. Del incendio sólo se salva el párroco. Se encontraba en el retrete en el momento de iniciarse el fuego. Con mucha astucia y serenidad, introduce la cabeza en la taza del water. Se manchó la cara de mierda y respiró los olores de los excrementos, evitando así la asfixia. Cuando lo sacaron de la cárcel tenía quemaduras en brazos, piernas y trasero. Unas horas más tarde entran las tropas llamadas "nacionales". Descubren los restos calcinados. El comandante **Omedo**, de Regulares, se tira enloquecido sobre la ametralladora disparando ráfagas a diestro y siniestro. Mil seiscientas personas son torturadas, violadas y fusiladas. Mil seiscientas víctimas inocentes, víctimas de la cólera. "El Ejército actuó como debía. La gente les hizo frente y ellos dejaron: 'Tenéis campo y libertad'. Y los hacía correr para después ametrallarlos".

Esto nos dice **Cristóbal Cano**, uno de los que salieron de la cárcel librándose así de la quema. A "don" **Cristó-**



Un escenario de la tragedia... cuarenta y pico años después. En los bancos de esta plaza fueron depositados los cadáveres calcinados.

bal lo localizamos en el **casino de Sevilla**. Entre éste y el **casino de El Arahál** transcurre la mayor parte de su día.

## UN SEÑORITO ANDALUZ

Con traje marrón y sombrero cordobés, es la viva estampa del señorito andaluz. Me dice: "Me puedes ver fotografiado en la revista 'Semana', en 'El Ruedo'. Durante una feria de Sevilla salí dos veces fotografiado en el periódico".

—Don **Cristóbal**, ¿qué pasó en El Arahál el veintidós de julio?

—Cuando en el pueblo presintieron el alzamiento, a todos los que éramos de derecha nos encarcelaron. Al entrar nuestras tropas en el pueblo, un concejal socialista, **Raimundo León**, nos abrió la puerta para que escapáramos. Unos no quisieron salir y murieron. Otros salimos y estuvimos escondidos. A mí me escondió en su casa el carcelero del Ayuntamiento.

—¿Quién prendió fuego a la cárcel?  
—No se sabe, porque había gente de fuera. Serían exaltados, gente inculta. Antes había poca cultura.

—La gente dice que los nacionales violaron a muchas mujeres. ¿Es cierto?

—No violaron a ninguna. Una mujer, si no quiere ser violada, no la violan. Como sea decente y buena, antes la tienen que matar. La prueba la tienen cada día en los periódicos con todas las que matan por no dejarse violar.

**Don Cristóbal Cano** es agente comercial, pero vive bien, dispone de mucho tiempo libre. Hace poco le tocó una importante cantidad en la lotería. Además, se dedica a la política, pertenece a **Allianza Popular** y se presentó a diputado en las pasadas elecciones, pero no salió elegido. El pueblo no le votó. El Arahál es uno de los muchos pueblecitos típicos de nuestra tópicada Andalucía. Casitas bajas, blancas, ven-



# ...a fue terrible



tananas enrejadas con geranios y claves. Los hombres pasan muchas horas de la tarde en las tabernas. Muchos de ellos obligados por el paro. Por una larga calle, donde se concentran muchas de las tiendas del pueblo, se llega hasta la plaza de los Mártires, antes de la Corredera. En esta plaza están ubicados el casino y el Ayuntamiento, y en ella se concentran casi todos los abuelos. Sentados en los bancos, tomando el sol, organizan cotidianamente sus tertulias. Ellos son el recuerdo vivo de un pasado triste. En uno de los muros del Ayuntamiento hay una lápida con los nombres de los veintitrés carbonizados. Justificación que dieron los "nacionales" para la matanza de mil seiscientos personas. Desde el primer momento responsabilizaron a los "rojos" del incendio de la cárcel.

"Estoy convencido de que la izquierda no tuvo nada que ver con esas muertes. Al contrario, un socialista abrió las puertas para que los detenidos escaparan. Todo pudo ser preparado por las derechas para provocar una fuerte represión, como ocurrió efectivamente. En el momento en que nosotros salíamos para el frente, aparecieron cuatro coches procedentes de Sevilla. Pararon delante del Ayuntamiento, donde estaban los detenidos. A los pocos minutos se produjo el incendio. Los ocupantes eran forasteros y estaban armados".

## UN TESTIGO PRESENCIAL

Quien nos habla es Juan Hurtado, testigo directo de aquellos días. Era dirigente de la UGT y de la Agrupación Socialista. En el momento de la ocupación trabajaba en el Ayuntamiento. Continúa diciéndonos: "Era el día veintidós de julio, festividad de Santa María Magdalena, Patrona de la Fiesta Mayor de El Arahal, cuando la columna formada por Regulares, Legión, Guardia Civil y Falange, al mando de Castejón, entró en el pueblo. Al llegar a la plaza de la Corredera vieron los cuerpos carbonizados de los detenidos. Se volvieron locos. El comandante Olmedo, de Regulares, perdió la razón. Agarró la ametralladora y empezó a disparar contra todo el que tenía delante. Así se produjo la masacre".

El Arahal se convirtió en un espectáculo dantesco. Aún hoy, al recordarlo, es capaz de poner la piel de gallina a los que lo vieron. El pueblo tenía unos doce mil habitantes. Mil seiscientos perdieron la vida. Casi toda la gente del pueblo perdió algún familiar, padre, hijo, hermano... En sus memorias siguen vivas las imágenes de los mon-

tones de cadáveres extendidos a lo largo de las calles, de las paredes blancas salpicadas de sangre, de los llantos, de las matanzas por la espalda después de obligarlos a correr. Del reguero rojo de sangre que bajaba por las empuñadas calles.

Han pasado cuarenta y un años y el miedo sigue enmudeciéndolos.

—¿Qué le pasó a su hermana?

—No lo sé, me parece que la mataron porque sacó una bandera socialista.



Otro de los lugares donde se desarrolló la tragedia.

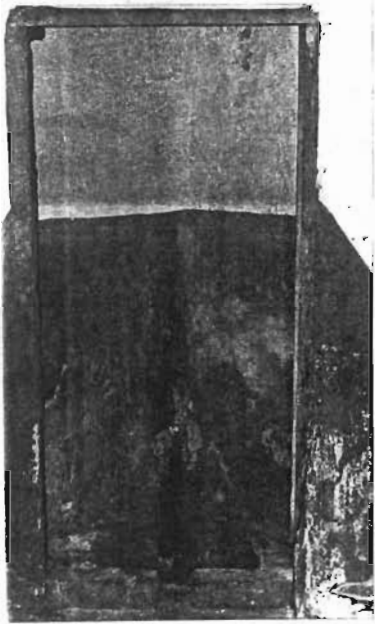
Esta es la respuesta que nos da la hermana de Antoñita Téllez "La Tella", dirigente de las Juventudes Socialistas, cuyo recuerdo sigue en la mente de todos.

José Fernández, presidente de las Juventudes Socialistas y compañero de "La Tella", nos explica cómo murió: "Tenía entonces dieciocho años. Era una muchacha vital y convencida de su ideología. Su entrega era total. La detuvieron, sacándola en varias ocasiones de la cárcel para llevársela al campo, donde la violaron hasta que se cansaron y decidieron fusilarla. Los violadores fueron sus mismos primos, señores ricos de El Arahal".

## CON LAS MUJERES...

Juan Hurtado continúa: "Con las mujeres hicieron verdaderas barbaridades. Las pelaban al cero y abusaban de ellas. A mi madre le raparon la cabeza y la pasearon por todo el pueblo con una banderita nacional. Después le hicieron fregar todo el Ayuntamiento. A otra mujer, Dolores Fernández 'La Zorronda', militante de la UGT, la montaron en un burro, le dieron dos litros de aceite de ricino, le pusieron una camiseta de las Juventudes Socialistas y la pasearon por el pueblo rodeada de una comarsa de falangistas que la acompañaban entre carcajadas e insultos. La obligaron a gritar 'Viva Cristo Rey'. La mujer iba con los ojos desorbitados mientras entre sus piernas corrían los excrementos producidos por el ricino. Cuando la comitiva pasaba por delante de la taberna vieron al que abrió la puerta de la cárcel, Raimundo León, al que obligaron a subir al burro. Cuando se cansaron, la fusilaron".

Luego hemos sabido que de la familia de "La Zorronda" sólo sobrevivió una hija. Al hijo lo mataron a palos



Detalle de la celda donde sobrevivió un sacerdote hundiendo la cabeza en la letrina.

con la manivela de la máquina de segar. Y a su marido le pegaron dos tiros en el vientre en la puerta del hospital.

Algunos de los voluntarios de la masacre de El Arhal viven todavía como señores respetables, pero nadie quiere dar sus nombres. Dicen: "Para qué remover más la porquería". Juan Hurtado termina: "No conocemos todos los nombres porque fueron muchos los que contribuyeron a la masacre de mil seiscientos fusilados. Mi suegro mismo, Sebastián Rodríguez, de militancia falangista, iba chuleando provocativamente: 'Por un duro mato a un hombre'. Y así lo hacía".

## Luis Caballero, cantaor: "Se llevaron a mi padre de madrugada y lo mataron"

El cante es el clamor de un pueblo: el andaluz. El flamenco (el cante grande, el cante jondo) sirvió a Luis Caballero para expresar la pena grande de perder a sus amigos, a sus familiares, a su padre:

"Sentaito estaba yo aquella noche con mi pare y con mi hermano. Se llevaron a mi pare, de madrugada lo mataron".

Caballero nos entona la soleá en una gris mañana sevillana; eran finales de 1977. Han pasado cuarenta y años; él sigue cantando con dolor aquella tragedia de 1936: "Yo, que ante todo soy andaluz, estas vivencias las empecé a llevar a la copla, al cante". Luis nació en el pueblo sevillano de Aznalcóllar, en 1919. Tenía solamente diecisiete años cuando explotó el infierno de la guerra civil española. La vivió desde la dimensión que da el sufrir la represión. Estuvo de cárcel en cárcel hasta 1941 y luego pasó algunos años más en batallones militares de castigo.

—Como Aznalcóllar era minero y campesino, el pueblo estuvo defendiendo la República durante un mes. Hacia allí se dirigían los que huían de otras poblaciones y los muchos que escapaban de las matanzas de Queipo en Sevilla capital. Como había mucha hambre, se mataban reses y se repartía la carne entre la población.

Los sublevados, ante la imposibilidad de ocupar con los batallones de falangistas y moros aquel pequeño pueblo, decidieron provocar la rendición con los bombardeos vespertinos de un avión que llegaba de Sevilla. Hubo muchos muertos entre la población civil. Aquel avioncito destruía casas, ametrallaba a la gente...

—Los defensores tenían imaginación. Se les ocurrió blindar un tractor en la mina y lanzarlo al contraataque, sembrando el pavor entre los fascistas.

Pero llegó un momento en que no pudieron aguantar más y, la mayoría, tuvieron que huir a la sierra, ya en la provincia de Huelva. Allí estuvieron haciendo de guerrilleros dos o tres meses. Se escondían en los barrancos, en cuevas... Escapaban como podían de las continuas batidas que los "nacionales" hacían. Muchos iban quedando muertos en ese sobrevivir diario.

### GUARDIA CIVIL: CON LA LEGALIDAD

—Con nosotros estaban casi todos los guardias civiles que componían la guarnición del pueblo, que estaban del lado de la legalidad republicana. Yo recuerdo el nombre de dos de ellos: Agüera y Bocanegra. Algunos murieron luchando en aquella especie de guerrilla.

Mientras, Aznalcóllar estaba siendo diezmado por los invasores. Más de mil personas (medio pueblo) fueron fusiladas. Nadie comprendía cómo podían ocurrir esas cosas.

—Pasó un tiempo y nos mandaron decir que nos podíamos presentar aquellos que no tuviésemos delitos de sangre. En principio dudamos de la



honradez de la promesa; después comenzamos a presentarnos...

Los tuvieron unos pocos días detenidos y los fueron soltando. Una sola condición: la de presentarse en los cuarteles de falangistas y requetés una vez al día, al caer la tarde.

—Uno de esos días nos dejaron dentro. Era enero de mil novecientos treinta y siete. Dijeron de hacernos consejo de guerra y de pedir pena de muerte para todo el mundo. Seríamos varios centenares...

Una noche oyeron ruidos de camiones. Los falangistas eligieron a más de un centenar, los sacaron de las celdas y los ataron con cuerdas.

—En la calle nos leyeron la sentencia. Pronto comprendimos que los que allí no estaban eran los condenados a muerte. A los elegidos nos correspondían penas de veinte años en adelante. Cuatro camiones de ganado fueron cargados de presos y conducidos a Sevilla.

Poco después iba a morir su padre:

"Se llevaron a mi pare, de madrugada lo mataron".

—Era la primera toná que yo hice. Eso sucedía en la madrugada del domingo de Ramos de mil novecientos treinta y siete. Estábamos encarcelados, mi hermano y yo, en una calleja muy encajada. Mi madre quiso saber de nosotros. Los dos hermanos esperábamos, tras las rejas de un ventanuco, que mi madre pasara:

"Por aquella ventana mi mare pasó. Llevaba luto por la cara, el cuerpo y el corazón".

### SUENAN LOS CERROJOS

—Estábamos encerrados y sabíamos lo que significaba el sonar de cerrojos: era la hora de la muerte, la hora del paseillo y el disparar de fusiles anónimos. Así lo veía yo:

"Ya suenan los cerrojos, a morir toca. Nombres de amigos ruean de boca en boca. Cuando amaneca, con el trigo y el alba la sangre crece".

—Después de tenerme un tiempo en Sevilla, me trasladan al Puerto de Santa María. Allí conocía a toda la población delincuente. Después me llevan al Dueso, en Santoña. Pude tener contactos con catedráticos, médicos, escritores... Hasta que sale una ley por la que los menores no podíamos estar encarcelados en los mismos lugares que los adultos. Los del bando nacional tomaban precauciones para que los niños no nos contagiásemos de la ideología de los mayores.

En el 41 lo sacan a la calle y ha de incorporarse al servicio militar en los batallones de trabajadores penados. Su distintivo era un gorro redondo con una "T" (trabajadores) o una "P" (penados).

—Aquello era monstruoso. Y no ya por el hambre o la falta de libertad. Era por el frío: un látigo que nos diezmaba. Le ayudaba la avitaminosis, el tífus... Yo conseguí que un cocinero me diera bien de comer a cambio de cantarle fandangos.

Luis Caballero quiere escribir los sufrimientos de aquellos años.

—Quizá lo más significativo de mi larga etapa de represión sufrida sea aquella vez que canté saetas en Reus al borde de la muerte, carcomido por el tífus exantemático. Me habían llevado a la casa de una señora importante un día de Semana Santa. Yo iba escoltado por una pareja de soldados que me encañonaban. La procesión pasaba por delante del balcón y tuve que cantarle a la Virgen con un par de fusiles que me cosquilleaban en la espalda.

JOSE M. SILES  
Foto: JAIME LARRAIN